

## **Muerte trágica y santificación popular: Tranquilina González y La Pilarcita**

**César Iván Bondar**  
**UNaM-CONICET**  
**Celeste Marlene Doretto**  
**UNaM**  
**Argentina**

### *1. Sobre la problemática*

En primer lugar, es imposible eludir el concepto de canonización popular expuesto por Chertudi y Newbery, para quienes se trata de un fenómeno que tiene como objeto de culto a personas que han sido canonizadas por el pueblo, en este proceso no interviene la Iglesia Católica como institución, sin embargo, las personas son popularmente denominadas “santos”, reinterpretando el lenguaje oficial de la Iglesia Católica Apostólica Romana. En estas primeras interpretaciones acerca de los santos populares, la muerte violenta aparece como elemento preponderante, dado que en las narrativas religiosas el sufrimiento purifica las almas, posibilitando que estas intercedan por los vivos ante Dios. Estas primeras concepciones dejan en evidencia el sesgo que atravesaba las primeras investigaciones sobre la temática, dado que utilizaban tanto el vocabulario como la perspectiva de la Iglesia que se consideraba base de todo lo que acontecía en el campo del creer, a la vez que propiciaba gran parte de los estudios que se realizaron sobre él. Por el contrario, en este artículo proponemos una mirada más próxima a lo expuesto por Freitas, quien plantea

la posibilidad de que ciertos hechos acontecidos en la vida de los difuntos, actúan preanunciando su carácter de milagrosos. Perspectiva que se asemeja además, a la de Carozzi que sugiere la existencia de ciertas escenas santificadoras que son comunes a las vidas de diversos difuntos en determinadas épocas y regiones que se suman a la muerte violenta como fundamento del carácter milagroso que se les otorga.

Asimismo, para estudiar los casos de Tranquilina y La Pilarcita se consideró a la religiosidad no como lo opuesto a la religión oficial, sino como una bisagra que permite realizar una conjugación entre ambas. Esta perspectiva tiene que ver, además, con la búsqueda de sentido que implica también hallar soluciones a los problemas cotidianos. Por otra parte, situándonos en los casos, se destaca que éstas encarnan un fenómeno de religiosidad que está asociado con la coexistencia de prácticas y creencias religiosas variadas que históricamente cohabitan en las provincias de Misiones y Corrientes. Sobre Misiones, Krautstoftl señala que, al ser una zona en la cual coexiste población criolla, indígena y también extranjeros, en su mayoría europeos, el “entrecruzamiento de culturas” posibilita la presencia de prácticas y creencias que “trascienden los muros y los lineamientos impuestos por la oficialidad” (18). De igual forma Corrientes implica el diálogo entre población criolla, guaraní y devenida de diversos procesos migratorios, con más fuerza en algunos sectores que otros. En relación con esto la autora menciona el concepto de religiosidad popular enunciado por Pollak-Eltz que se refiere a las expresiones religiosas que abarcan un conjunto de creencias, valores símbolos y ritos de origen tanto católico

como mágico y secular. Así los fieles expresan su reacción desde una esfera sagrada compuesta de entidades y objetos tanto del mundo sobrenatural como natural, sin que entre ellos haya una distinción muy clara y precisa.

Si observamos las características particulares que presentan las historias de Tranquilina y La Pilarcita, son evidentes las similitudes con otras trayectorias de vida de mujeres o niños que fueron santificados por el pueblo y hoy forman parte de la cultura religiosa argentina. Al analizar esas historias aparecen elementos comunes como la muerte violenta en plena juventud, la lucha o resistencia ante situaciones injustas de dominación, la vida en la pobreza o en estado de vulnerabilidad. Atendiendo a esos elementos, debemos prestar atención al rol que desempeña la muerte trágica o violenta como dispositivo de vinculación de los devotos con las santificaciones y almas de los difuntos.

La “muerte trágica” se relaciona con el hecho real de que la muerte produce un sentido de discontinuidad de la experiencia histórica (Chertudi y Newbery). La peregrinación hacia distintos lugares considerados sagrados y el culto a las almas de los difuntos en circunstancias trágicas permiten procesar el sentido de ruptura en términos individuales y colectivos (Chertudi y Newbery).

Cabe mencionar que, durante el proceso de colonización, las misiones católicas popularizaron el culto a los santos y mártires que llevaron vidas ejemplares y fueron objeto de muertes dolorosas e inesperadas. Como habíamos mencionado, el sufrimiento y el martirio, en las narrativas religiosas, borran los pecados cometidos en la vida terrenal y proveen a las a almas de las

personas muertas del poder extraordinario de interceder entre la divinidad y los sufrimientos humanos (Chertudi y Newbery). No obstante, en la lógica de la religiosidad popular, no necesariamente las vidas de los santos y santas deben ser ejemplares para ser canonizadas por el pueblo, se observa que en la mayoría de los casos son vidas ordinarias que se asemejan a las vidas de muchas personas y solo son rescatadas y ensalzadas una vez iniciado el mito y el culto; lo que sí resulta siempre trascendente e impactante son las condiciones en las que murieron.

## 2. *Caso Tranquilina González*

Para abordar este caso nos enfocamos en las prácticas de religiosidad que tienen como figura de culto a una difunta considerada milagrosa. La aproximación a dichas prácticas fue posible a partir del trabajo de campo realizado de mayo de 2015 a diciembre de 2018 y la participación en las actividades rituales que realizan los devotos en torno a los lugares que los reúnen para rendirle culto: la ermita/capillita y la tumba.

Tranquilina González trabajaba como *tarefera*<sup>1</sup> en los yerbales (plantaciones de yerba mate) que, a inicios del siglo XX, se ubicaban en la zona que hoy es conocida como kilómetro 5 de Eldorado (localidad de la Provincia de Misiones, Argentina) y se extendían hacia el norte y el oeste, hasta llegar a las cercanías del Río Paraná. No se encontraron documentos que certifiquen su

---

<sup>1</sup> Obrero que trabaja en una tarea específica. En este caso en la cosecha de la yerba mate, producto que se utiliza para el consumo de infusiones. La tarea de cosecha es manual.

fecha de nacimiento, si tuvo hijos, o estuvo casada. Los datos que aquí se presentan son los que los pobladores declararon conocer porque les fueron transmitidos, ya sea por los habitantes más antiguos del barrio Sauer donde se encuentra su capillita, en algunos casos y en otros, por sus padres o abuelos.

A Tranquilina se la llamaba la “*Caá Potí*” (Flor de la Yerba en lengua guaraní) debido a su belleza, juventud y lozanía. Esta mujer fue considerada una “*guapa*” de la tarefa, debido a su destreza y habilidad en el trabajo. El 9 de julio de 1924 muere asesinada por su marido, quien la apuñala y abandona agonizando a orillas de un camino, en el km 5 (actual barrio Sauer) de Eldorado.

En el transcurso del trabajo de campo se apreció la existencia de diferentes narrativas sobre Tranquilina. Así, es frecuente encontrar entre las personas que habitan el sector oeste, a partir del km 6 hacia el sur o norte de la ciudad, donde se encuentran los barrios más humildes, una notable aceptación de la difunta como santa popular, un reconocimiento de ésta como figura capaz de otorgar milagros, además de un relato que la coloca en un lugar idílico y privilegiado. Se trata de la narrativa de los devotos, que rescatan las trágicas condiciones de su muerte poniendo énfasis en la violencia a la que fue sometida por su marido y en el retiro y aislamiento que experimentó al verse cada vez más avasallada.

Por otro lado, se hallaron relatos de personas que no otorgan a Tranquilina un significado sagrado, no comparten la historia más difundida, que la describe como una laboriosa tarefera, hacen una interpretación diferente sobre

los hechos que rodearon su vida y muerte. Esta narrativa, que discrepa con la de los devotos, actúa como elemento que afianza la idea de la devoción a una difunta como “cosas del poverío” o “cosas de gente inculta”.

Los lugares donde se rinde culto a Tranquilina son sitios que conmemoran su muerte, ambos se encuentran en el barrio Sauer y fueron sumando progresivamente más devotos. Se cree que las primeras en manifestarse rindiendo exvotos al alma de la difunta fueron un grupo de mujeres que la encontraron agonizante, quienes guardaron su prendedor (o, para algunos, una medalla) con la imagen de la Virgen del Socorro y atendieron el pedido que ella les hizo: “rezar a la Virgen que, a través de su alma, les concedería milagros”, ubicándose este hecho en la génesis del culto a la difunta tarefera.

Todas las manifestaciones de fe practicadas por los devotos de Tranquilina se dan de modo espontáneo y se reproducen empíricamente en los propios contextos sociales en los que surgieron y desde donde se comunica a la difunta como figura sagrada.

Es importante destacar que las prácticas y la ritualidad que forman parte de la religiosidad, si bien existen en contextos privados, se dan en una gran mayoría, en espacios públicos, como los que ocupan las ermitas, los oratorios, las cruces, las capillitas y las tumbas emplazadas en cementerios. A estos sitios se refiere la noción de “paisaje ritual”, que se constituye como “el espacio en el que se producen y reproducen las manifestaciones religiosas tradicionales/populares” (Colatarci y Vidal 130). Por ello fueron considerados objeto de

análisis específico los espacios de culto, que se constituyen como lugares donde se cristalizan las prácticas rituales.

Además, la idea de paisaje ritual se relaciona con la problemática en torno al espacio en relación con un sistema de creencias, ya que, debido al carácter heterogéneo que presentan los mismos, sus discontinuidades, los variados rasgos y las características particulares que adoptan, los hacen susceptibles de mostrar el sistema de creencias de quienes en ellos participan.

La devoción a Tranquilina tiene dos espacios rituales que tienen como característica recordar la muerte trágica que sufrió la mujer. Las prácticas, la ritualidad y la entrega de exvotos y ofrendas se realizan en la ermita/capillita y en la tumba. No se corroboró la existencia de otro espacio de culto público/masivo, como sí sucede con otros santos populares argentinos, como en el caso del Gauchito Antonio Gil, cuya devoción se extiende a espacios domésticos como ser oratorios y capillas privadas, además del lugar donde murió (la denominada “Cruz Gil”).

En el caso de Tranquilina la muerte violenta y trágica es un elemento significativo que moviliza en sus devotos una simpatía por ella que se refuerza por el hecho de tratarse de la muerte de una mujer de fe, una creyente con la cual podrían identificarse. No obstante, a pesar de que los devotos conocen los relatos sobre la vida de la tarefera que la colocan en un lugar profano, eligen contar su historia como la de un personaje sobresaliente en todos los aspectos, ello podría deberse a que los devotos no conciben narrar la vida de una santa de otra forma que no sea una que resalte sus características posi-

vas. En este sentido se puede decir que los devotos hacen una interpretación guiada por los preceptos de la Iglesia Católica, que presta gran importancia a las “vidas ejemplares” de los canonizados; sin embargo, los seguidores de esta santa no necesitan saber si los acontecimientos de la vida existieron realmente, y sucedieron tal como ellos los presentan, de hecho, conocen muy bien los distintos relatos en torno a la vida y muerte de la mujer, relatos que ponen a Tranquilina en un lugar menos favorecedor, y pueden comunicarlos sin que ello implique restarle “santidad”.

En cuanto a los elementos considerados comunes a las santificaciones populares mencionados por Soneira, como ser la sacralización de los muertos, el sincretismo, la conmemoración de rituales y el ruego y los distintos estilos de convivencia con lo sagrados, encontramos que, en el caso de Tranquilina el culto desarrollado en torno a la ermita y en la tumba del cementerio de la ciudad de Eldorado, se inscribe en una instancia de articulación ritual entre la esfera del culto privado y la esfera social, esto se afirma en virtud de encontrar manifestaciones de ritualidad en lo cotidiano, entorno a las almas de familiares difuntos a los cuales se les pide protección a cambio de oraciones y se añaden a ellos los rituales a la santa, (especialmente oraciones en su nombre) que también pueden desarrollarse en el entorno familiar cotidiano. Por ello decimos que es posible hablar de una articulación entre el culto a las ánimas de familiares difuntos y el culto a la santa popular de carácter social que se desarrolla en torno a los mencionados espacios de devoción.



En su expresión sincrética, el culto a Tranquilina retoma, por un lado, elementos del culto católico oficial, esto se pudo evidenciar en la relación directa existente entre la difunta y la Virgen del Socorro, que es una de las advocaciones con las que se venera a la Virgen María. Esta asociación tiene su génesis en el hecho de que se cree que la mujer era una devota de la Virgen. Los seguidores de Tranquilina cantan himnos marianos, rezan en la tumba y en la ermita, pronunciando oraciones como el Ave María o Padre Nuestro, usan accesorios como rosarios, cruces y medallas con imágenes tanto de la Virgen del Socorro como de otros santos del abanico de “santos oficiales” y, además, se autodenominan católicos.

Por otra parte, el culto al alma de la difunta desarrollado en torno a la ermita. El culto a las almas de los difuntos se corresponde con un mestizaje entre elementos tomados de cosmovisiones indígenas y elementos del cristianismo, que dieron como resultado este culto mortuorio que se puede observar en toda América Latina.

En lo que se refiere al elemento de conmemoración de rituales, fue posible observar la presencia de regularidades que permiten aproximarnos a las acciones llevadas adelante por los devotos en los lugares de culto. Esas regularidades varían de un lugar de culto a otro presentando ciertas características bien diferenciadas. Asimismo, quedó expuesto que quienes realizan los rituales están convencidos que estos tienen influencia en cuestiones de la vida cotidiana, siendo totalmente necesaria su práctica para obtener resultados positivos en distintas esferas de sus vidas.

Siguiendo la clasificación de rituales realizada por Durkheim, los rituales realizados en torno a Tranquilina son de agradecimiento, en tanto los devotos acuden a los espacios de culto para agradecer un favor otorgado; de oblación, en la medida en que ofrendan al alma de la santa un amplio abanico de objetos. Los rituales también son conmemorativos, si nos referimos específicamente a los que se llevan a cabo el día que rememora su fallecimiento; y piaculares, porque en muchas ocasiones los devotos realizan rituales en situación de extrema necesidad. Además, los rituales están orientados a lograr una comunicación con la figura sagrada y están en función de la búsqueda de un vínculo, ya que la santa es considerada interlocutora válida capaz de responder a diferentes pedidos.

En cuanto a las formas de convivencia entre los devotos y la santa, existe una relación de carácter recíproca, ya que es en este término que los seguidores de Tranquilina definen su vínculo con ella, quien bien puede desoír los ruegos de sus devotos sin que ello implique la ruptura del lazo que une a las dos partes en una relación que es considerada equitativa. La entrega de ofrendas (materiales y simbólicas) a la santa son entendidas como elemento que une a las partes en una relación casi de obligatoriedad donde el dar, recibir y reciprocarse, son ejercicios clave para mantener una relación que alienta la alternancia de desigualdad, a pesar de ser más o menos bilateral, ya que siempre se encuentra una de las partes en deuda con la otra.

Cabe señalar que las situaciones que motiva esta santificación se halla en un proceso de redefinición constante, confronta relaciones de resistencia,

tanto entre la religiosidad y la religión oficial, como entre los sectores subalternos y los sectores dominantes. En la arena de esas confrontaciones es donde se comprende la religiosidad como elemento que posibilita a los sectores populares sobrellevar distintas problemáticas pero, por sobre todo, y en lo que se refiere a los devotos de Tranquilina, les posibilita realizar a través de su figura, una reivindicación y una puesta en valor de una historia común compartida por los miembros de un sector de la comunidad que se identifica con ella a partir de su especificidad como tarefera y mujer que muere de forma violenta.

**Imágenes N 1:** Ermita construida en el lugar de muerte de Tranquilina González. Km 5, Barrio Sauer, Eldorado Misiones.



**Imagen N 2:** Tumba de Tranquilina González.  
Cementerio Municipal. Eldorado.



Para comprender cómo las personas han construido lo que aquí llamamos “narrativa oficial” sobre Tranquilina, se cita las consideraciones de Carozzi, quien sostiene que los difuntos milagrosos poseen una “performabilidad” que surge por el empleo, en vida, de ciertos gestos, actitudes, formas de aparecer públicamente que los tornan en una especie de personajes y, como personajes, los mismos son actuables.

De la misma forma, cabe mencionar lo que sostienen algunos autores sobre la figura de los difuntos canonizados: “Despliegan una estereotipia que a menudo aparece ligada a la sacralización en el récord etnográfico” (Tambiah). Así, se observa que la construcción del personaje, su caracterización, aparece como una creación en la que los propios devotos colaboran activamente resaltando cualidades y desmintiendo cualquier versión de la vida de la difunta que pueda poner en duda su credibilidad.

Entonces encontramos que el rescate de la biografía de la santa se constituye como elemento que emerge entre los rasgos característicos de las canonizaciones populares. Más allá de que los hechos sean verídicos o no, los devotos de Tranquilina prestan especial atención a comunicar las particularidades, las circunstancias y los hechos que rodearon la vida y la muerte de la mujer. Realizan descripciones detalladas de las condiciones en las que vivió, de su desempeño como trabajadora en la tarea, de cómo se relacionaba con sus pares, y hasta de sus habilidades domésticas. En este sentido, Tranquilina es definida por sus seguidores, no solo en términos de los hechos públicos que protagonizó, sino también en los que atañe a la esfera de lo privado; lo íntimo y personal es también, de alguna manera, retomado por las personas que se apropian de esos detalles y los conjugan para brindar un “retrato” de ella.

En contraste con esta forma de “rescate”, se hallan las formas de devoción a santos reconocidos por la Iglesia Católica, éstas se dan de una forma diferente, según menciona Parker:

poco importa la vida del santo, ni siquiera se reconoce la dimensión ética que para la religión oficial es decisiva en el proceso de canonización, es decir la “biografía ejemplar” del candidato a beatificación. Lo que importa es el ícono y su capacidad catalizadora de sentimientos y deseos en un tiempo-espacio precisos. (196)

En contraposición a ello, los devotos no cuentan con la figura material que pueda movilizar su devoción, por ello se puede decir que esta santa popular carece de la imagen concreta a modo de figura o estampa. Por lo tanto, ese

impacto visual movilizador que menciona Parker como elemental para el comienzo de la comunicación con lo sagrado, se reemplaza por una descripción detallada (real o imaginaria) de las características de la vida y muerte de la mujer que desempeña el papel de movilizador en la predisposición a creer.

Además, en la narrativa oficial cobran relevancias las “escenas santificadoras” que menciona Carozzi, como elementos que se van a sumar a la muerte violenta para hacer surgir el carácter sagrado del personaje: en el caso de Tranquilina las escenas santificadoras tienen que ver con cualidades que se le atribuía a la mujer: la belleza, la solidaridad, el ser muy laboriosa en un trabajo dominado por los hombres y la valentía de imponerse ante su asesino.

Por el contrario, al centrar la mirada en las lecturas que realizan sobre Tranquilina los habitantes del sector sur de la ciudad, constituido por los sectores más privilegiados, nos encontramos con que la narrativa adquiere una forma diferente: Tranquilina pasa a ser cuestionada, se pone en duda sus características, su trabajo está por fuera de lo socialmente considerado aceptable y correcto para las mujeres, hasta las circunstancias y el móvil de su asesinato difieren considerablemente. Este sector es reacio a aceptar que se venera a una difunta, consideran que Tranquilina, la tarefera, de origen paraguayo, pobre y de cuestionada moralidad, no puede difundirse como figura sagrada, ya que tal vez sus manifestaciones como fenómeno social logren adquirir la fuerza necesaria y se lo identifique con la comunidad eldoradense en general y ello es ajeno a los intereses de ese sector. Algunos informantes han manifestado su punto de vista sobre la creencia en difuntos santificados diciendo que, ésta es

propia de personas que habitan los barrios populares, cuestión que deja entrever la discriminación implícita en los discursos.

### 3. *La Pilarcita. Niños difuntos como animitas.*

La problemática de los niños difuntos como protectores y custodios la hemos trabajado en Bondar (2015); abordábamos la condición de niño difunto (angelito) como animita protectora en el nordeste argentino, tomando como base los testimonios de las madres y otros dolientes de los niños difuntos. Como primera aproximación dábamos cuenta de una diferencia significativa en la construcción del status de animita en el caso de los angelitos, en comparación con la muerte adulta. Señalábamos cómo la muerte biofísica propicia una transformación ontológica de la condición de niño habilitando su capacidad de mediación divina y de protector de sus dolientes.

Agregamos que la mediación divina directa, reservada a las beatificaciones y canonizaciones dentro del catolicismo, adquiere forma variada entre los entrevistados en el marco del abordaje propuesto. Para ello se vuelve necesario retomar la diferenciación entre dos concepciones familiarizadas, pero sustancialmente diferentes: la canonización y la santificación. La canonización resulta del otorgamiento de un estado de santidad a un beato, legitimado por la máxima autoridad en el caso de la Iglesia Católica Romana o la ortodoxa: en este proceso se declara como Santo a un fallecido. A partir del acenso a este estatus se autoriza legítimamente su culto entre los fieles. Las primeras santificaciones de la Historia Cristiana eran consagradas *vox populi*; a partir de la

Edad Media los procesos comienzan a regularse con más fuerza y las investigaciones sobre la biografía de los futuros santos se vuelven más rigurosas y específicas, tratando de probar que el difunto es merecedor de la santidad atendiendo al martirio, el milagro y las heroicas virtudes.

En consecuencia, la mayoría de los Santos resultan adultos, salvo contados casos de niños y jóvenes, por ejemplo: San Ulpiano (mártir en Tiro año 306), San Sancho (mártir cordobés año 851), San Gerulfo de Tronchiennes (año 750) y más recientes los jóvenes Teresa del Niño Jesús, Luis Gonzaga y Felipe de Jesús, por citar algunos. Y, dentro de las más recientes decisiones del Vaticano del siglo XXI, podemos mencionar las Canonizaciones de los Niños de Fátima, de José Sánchez del Río (el Niño Cristero) y la de los Niños Mártires de Tlaxcala. Asimismo de la joven mística de 26 años Isabel de la Trinidad.

Por el contrario la santificación, como la entendemos aquí, se aproxima más a los procesos de reconocimiento de la santidad pre-Edad Media. La santificación del muerto (común) no requiere de las mediaciones institucionales de la Iglesia, tampoco de su aprobación: una de las categorías que emerge es la de animita. Así, en Bondar (2015: 14-15) se expone que las animitas son definidas como las almas, adultas o de niños, que han sido santificadas popularmente por sus obras terrenas, el tipo de muerte (sufrida o heroica) o sus intervenciones milagrosas *post mortem* en las necesidades de los vivos. En lo que respecta a los angelitos, la mayoría de los casos registrados poseen estos atributos sagrados, una de las diferencias sería que algunos han adquirido presencia popular-colectiva y otros se mantienen en el seno íntimo de los dolientes.



De esta forma, el animita sería el alma del muerto al que se le atribuye la facultad de intervenir en el mundo de los vivos, esta intervención se da por pedido de los últimos a cambio de ofrendas y rezos; en el caso de las almas de los adultos, cumplir con el pedido de los vivos, aliviana la carga de pecados que han acumulado en vida.

Atendiendo al caso que nos convoca, señalan los entrevistados que el culto a La Pilarcita se monta sobre el fallecimiento trágico de la niña Pilar Zaracho, oriunda de Mercedes, Corrientes. Pilar Zaracho muere en 1914 a los cuatro años tras ser aplastada por la rueda de una carreta en la que se trasladaba con su familia. Jugando durante el viaje, pierde su muñeca, al intentar rescatarla se precipita y cae. La niña es sepultada en el lugar del fallecimiento donde hoy solo se observa un sendero de arena.

El culto a La Pilarcita habría iniciado en 1917. La celebración de esta almita se da todos los años el 12 de octubre, fecha de su nacimiento, en el santuario ubicado a 30 kilómetros de la localidad de Concepción, precisamente en el paraje Cerro Pithá (Cerro Colorado).<sup>2</sup> Si bien las ofrendas son diversas, se destacan las muñecas y juguetes que los devotos y visitantes depositan en el lugar de culto. Estos exvotos se han acrecentado de tal forma que Marily Morales Segovia, artista oriunda del poblado, propone la creación del Museo temático Infantil La Pilarcita<sup>1</sup> que aglutina una gran colección de muñecas y otras estampas vinculadas a la historia de la niñez y la religión católica.

---

<sup>2</sup> [Fecha de consulta: 2 de mayo de 2019] Disponible en:  
<https://www.concepciondelyaguaretecora.gob.ar/?q=content/se-celebra-hoy-el-dia-la-nina-virgen-la-pilarcita>

Refiriendo a las animitas en niños (nombradas también como almitas), el tipo de muerte bio-física configura gran parte de los procesos de santificación popular: muertes no naturales provocadas por accidentes o asesinatos transforman la condición inofensiva del niño, lo convierten en fuerte y milagroso, tales son los casos de “Ramoncito” (Bondar 2013) y La Pilarcita (Corrientes, Argentina).

En La Pilarcita algunas situaciones posteriores a la muerte bio-física contribuyeron a su santificación popular, citados son los casos de apariciones, situaciones milagrosas como cura de enfermedades u otras intervenciones en la vida de los dolientes. Podemos apreciar cómo todos los angelitos offician de protectores llegando –alguno de ellos– a las santificaciones populares. Las entrevistas que hemos realizado dieron cuenta de un complejo proceso de mediaciones divinas, reciprocidades y tutelas, que serían parte de las nuevas capacidades de los niños difuntos.

Las formas más frecuentes asociadas a la figura de La Pilarcita resultan las de “Ser especial”, un arquetipo que condensa no solo la sobrenaturalidad, sino además las facultades angélicas transferidas a la niña en su estado *post mortem*. Este “Ser especial”, claramente ligado al contacto con Dios, aglutina cualidades que podemos sintetizar en el enunciado “es un almita vigente entre los vivos”: más allá del deceso la comunidad, principalmente las madres y muchachas jóvenes, prestan especial atención al tratamiento de este culto promoviendo variadas estrategias que posibilitan el cuidado y promoción de la continuidad relacional con la comunidad de devotos.

**Imágenes N 3 y N 4: Museo temático Infantil<sup>iii</sup>**



*Breves reflexiones de cierre*

Los dos casos señalados nos permiten concebir, en la diversidad de los sistemas simbólicos, la posibilidad de establecer una continuidad comunicativa con los difuntos. Nuestra propuesta deconstruye, disipa las imágenes de la muerte y el morir que se han construido en la modernidad secularizadora: una muerte concebida como el fin de las relaciones y los vínculos sociales. Reanudamos un diálogo creativo con arcaicas manifestaciones de la cultura y la religiosidad.

Las relaciones dialógicas con los difuntos que presentamos en este breve artículo se encuentran claramente referenciadas en Finol y Finol. Los autores, al trabajar los cenotafios a las orillas de los caminos, conocidos en Venezuela como capillitas, resaltan que éstas sacralizan el espacio del fallecimiento. Asimismo, fundan límites simbólicos entre la vida y la muerte. Las capillitas actuarían, en estas fronteras, como bisagras comunicativas. Desde estas bisagras comunicativas, el alma del difunto y los deudos, establecen relaciones, intercambian información, expresan emociones y estados pasionales diversos. El trabajo de los autores demarca un claro distanciamiento con aquellas afirmaciones que señalan a la muerte biofísica como el fin del acto comunicativo con los vivos.

Consideramos que los ejemplos trabajados inspiran, con gran amplitud, la solvencia de una postura que reconoce en los espacios funerarios, en la micro-cultura funeraria (Finol y Finol), la continuidad de la semiosis más allá de la muerte bio-física. Esta micro-cultura funeraria sería el vergel de algunas de

las configuraciones por medio de las cuales la comunidad re-significa las instancias comunicativas comúnmente observadas y vivenciadas en las relaciones cotidianas.

Cabe señalar el hecho de que el sentido, que se encuentra en la base de toda religiosidad y se halla en un proceso de redefinición constante, confronta relaciones de resistencia, tanto entre la religiosidad y la religión oficial, como entre los sectores subalternos y los sectores dominantes. En la arena de esas confrontaciones es donde se comprende la religiosidad como elemento que posibilita a los sectores populares sobrellevar distintas problemáticas, pero sobre todo, y en lo que se refiere a los devotos de Tranquilina y La Pilarcita, les posibilita realizar a través de ellas, la reivindicación y puesta en valor de una historia común compartida por los miembros de un sector de la comunidad.

Estos procesos de santificación implicarían una percepción de la muerte y el morir como encadenados de sentidos, construcciones colectivas (a veces colectivizadas) de nuevos espacios que se oponen a la degradación de la memoria y que re-generan hábitos, creencias, gustos y apetencias de los difuntos. Asimismo, pretenden hacer notar que la muerte no implica el fin de los sentidos, sino que se inscribe en la facultad del signo: una naturaleza que le permite ser interpretada en una continuidad *ad infinitum*. La muerte resulta una continuidad, un umbral, no es solamente un hecho bio-físico, sino un signo cronotópicamente construido e interpretado. Claramente estamos frente a complejos sistemas de comunicación, intercambio y expresión para/con los muer-

tos, los encadenados sígnicos que configuran los espacios de los muertos, las memorias y los esquemas interpretativos de determinados sistemas simbólicos-culturales, los mapas orientadores, direccionadores y configuradores de la vida de los muertos. Nuestras bisagras comunicativas son re-construidas teniendo en cuenta algunas de las escenas que rodean a Tranquilina y a la Polarita, (re)memoraciones, las configuraciones de las tumbas, los colores, los epitafios y los exvotos –especificidades sígnicas que entran en juego en las cartografías y territorialidades funerarias.

© César Iván Bondar y Celeste Marlene Doretto

*Bibliografía:*

- Bondar, César Iván. “Niños difuntos (angelitos) como animitas protectoras. nordeste de la república argentina. aproximaciones iniciales”, en *Boletín Antropológico. SABER-ULA*. Mérida: Museo Arqueológico "Gonzalo Rincón Gutiérrez" y Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas de la Universidad de Los Andes. vol. N° 89, 2015, pp. 7 – 2.
- . “Caso Ramoncito. El culto sacrificial del inocente”. *Conferencia. III Encuentro sobre Antroposemiótica de la Muerte y el Morir*. Posadas: Misiones. Inédito, 2013.
- Carozzi, María Julia. “Revisando a la Difunta Correa: nuevas en el estudio de canonizaciones populares en el Cono Sur de América”, en *Revista de Investigaciones Folclóricas*. Vol.20, 2003, pp. 13-21.
- Chertudi, Susana y Newbery, Sara. *La difunta Correa*. Buenos Aires: Huemul, 1978.
- Colatarci, María Asuncena y Vidal, Ricardo. *¿Culto a los muertos o devoción popular? Algunas reflexiones*. Cuba: Anthropos, Cuba, 2007.
- Diario. Norte de Corrientes. 11 de octubre de 2016. “La Pilarcita: Un museo único en la región, con más de 400 muñecas” [Fecha de consulta: 2 de mayo de 2019] <https://www.nortecorrientes.com/articulo/107749/la-pilarcita-un-museo-infantil-unico-en-la-region-con-mas-de-400-munecas>.
- Durkheim, Émile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Finol, José Enrique y Finol, David Enrique. “Para que no queden penando...” *Capillitas a la orilla del camino. Una microcultura funeraria. Colección de Semiótica Latinoamericana*. N° 7. Venezuela: Asociación Venezolana de Semiótica, 2009.

Parker, Cristian. *Otra lógica en América Latina. Religión popular y modernización capitalista. Santiago de Chile: FCE, 1996.*

Krautstofi, Elena. ¿Un nuevo Pentecostés hoy? Prácticas y creencias carismáticas en la ciudad de Posadas. *Tesis de Maestría. Universidad Nacional de Misiones. Posadas: Misiones. Inédito, 1998.*

Soneira, Abelardo Jorge. *Sociología de la Religión. Buenos Aires: Docencia, 1996.*

Tambiah, Stanley Jeyaraja. *A Performative Approach to Ritual. London: Oxford University Proceeding of de British Academy, volume LXV, 1981, pp. 116-142.*

---

<sup>i</sup> El proyecto del Museo es ejecutado por la Fundación “Tierra Sin Mal”, supervisado por el Instituto de Cultura de la Provincia de Corrientes.

<sup>ii</sup> Fuente: [Fecha de consulta: 2 de mayo de 2019] Disponible en:

<https://www.nortecorrientes.com/article/107749/la-pilarcita-un-museo-infantil-unico-en-la-region-con-mas-de-400-munecas>.